

vez con sus diatribas los fundamentos de la religión y de la monarquía, porque para Francia era la religión, el jesuitismo y la monarquía, *El parque de los ciervos*.

Todo esto era necesario decirlo para que se entendiera como marchando Franklin y Voltaire por vías tan opuestas se profesaran naturalmente tan grande estima, y llevara Franklin su admiración y respeto por Voltaire, hasta el punto de llevarle á su nieto para que le bendijera, lo que hizo Voltaire, diciendo: DIOS Y LA LIBERTAD esta es la única bendición que conviene al nieto de Franklin. Aunque Fran-



Sepulcro de Franklin en Filadelfia

klin tuviera, pues, un camino más expedito, una sociedad joven y ardiente que dirigir, no por esto era el problema mucho más fácil; esta misma juventud y ardimiento era un temible escollo. Sin los consejos, las advertencias y su gran prudencia, en ese escollo se hubiera estrellado el pueblo americano, como así ha sucedido á varios pueblos de Europa. La revolución era inminente, pero Franklin temía siempre que no estuviera madura; cuando se convenció de que había llegado á su época de madurez, Franklin se arrojó á la lucha, á pesar de ser septuagenario, con todo el ardor de su joven pueblo. A esta prudencia y fría razón de Franklin, han llamado los impacientes y belicosos de América y de Europa, sus debilidades y vacilaciones.

Hoy es de toda evidencia que Franklin se había propuesto antes de emprender una lucha con Inglaterra que siempre creyó inevitable, reunir y concordar las diversas colonias en una aspiración común para asegurar el triunfo, pues de obrar separadamen-

te á lo que les impulsaba su modo particular de ser, ni probabilidades había de una seria resistencia en el terreno de la fuerza.

Las dificultades que repetidas veces surgían para fundar sobre una base sólida y duradera una inteligencia común entre las varias colonias, provenían tanto de sus intereses mercantiles que juzgaban unas veces que de la unión correrían peligro, ó que eran postergados otras, como de la lucha de los partidos, pues además de la diferencia política fundamental que separaba á los colonos de Nueva Inglaterra de los de Virginia, las Carolinas y Maryland, los *vighs* y los *tories* traían revuelto el campo político. Eran en Boston los *tories* realistas, pero no eran ni en Virginia ni en el Maryland los *vighs* republicanos, aunque luégo constituyeron el núcleo de este partido en aquellos Estados.

Todas estas contrarias aspiraciones é intereses dificultaban la obra de la común inteligencia, ó eran bastante poderosos para arruinarla, una vez la necesidad ó el común peligro la habían hecho indispensable. Si las colonias hubiesen ido progresando y fortaleciendo á la par su primer pacto de unión, la *Confederación de las colonias unidas* de 1643, en vez de dar al olvido este pacto, es indiscutible que las colonias al reunirse de nuevo en 1754 con motivo de la cuarta guerra intercolonial, que tan fatal fué para Inglaterra bajo el punto de vista de sus intereses en América, no tuvieran que pensar en defenderse á sí mismas; que el proyecto de *Confederación* de Franklin no se hubiera rechazado, como dijo él mismo veinte años después, «por demasiado realista.» ¿Se hubiera aprobado empero un proyecto en que hubiera *menos prerrogativa*, usando el propio lenguaje de Franklin? Esto parece lo lógico, considerando el motivo que se alega para rechazar la obra del representante de Pennsylvania, pero hemos de ver por el estado de los ánimos en el momento supremo de romper con la madre patria veinte años más tarde, las pocas probabilidades de éxito de un plan más radical que el de la confederación de Albania.

Uno de los mejores historiadores de los Estados Unidos, Hildreth, llama al proyecto de confederación de Franklin, «el documento que había de servir de base para la que había de ser nuestra Constitución federal.» Tiene, pues, una importancia excepcional para nuestro asunto el proyecto que aprobaron en Albania, en Junio de 1754, los comités delegados de las asambleas de Nueva-York, Pennsylvania, Maryland y Nueva Inglaterra.

Estudió desde el primer momento la Convención de Albania el punto capital que había motivado su

reunión, el de si convenía á las colonias confederarse para su mútua defensa, en vista de la gravedad de las circunstancias, respondiendo todos los delegados

afirmativamente, por lo que se paso el nombramiento de una Comisión compuesta de un delegado de cada una de las colonias. Allí reunidos para que presen-



BACON Y BERKELEY

tasen un plan de confederacion, nombróse la comisión y Franklin fué su ponente.

Establecía Franklin un Consejo general de las colonias, compuesto de 48 miembros; 7 de Virginia, 7 de Massachussets, 6 de Pennsylvania, 5 de Connecticut y 4 de cada una de las colonias de Nueva-York,

Maryland y las Carolinas, 3 de Nueva Jersey y dos respectivamente de New-Hampshire y Rhode-Island. En esta proporción más tarde volvieron á reunirse los delegados de las colonias, para fundar definitivamente la confederación americana. Este número era fijo, pero cada colonia debía estar representada como

máximum por seis miembros y como á mínimum por dos. El presidente de este Congreso había de ser un delegado de la Corona y nombrado por ésta, con la facultad de aprobar ó desaprobado las actas del Congreso, y sin que éste pudiera nombrar para cargos militares sin su consentimiento. Al Congreso tocaba cuidar de la defensa de las colonias, suministrando, al efecto, hombres y dinero, á cuyo fin le estaba reservada la inspección de los ejércitos de las colonias; además, había de procurarse cuanto fuese conducente á su bienestar general.

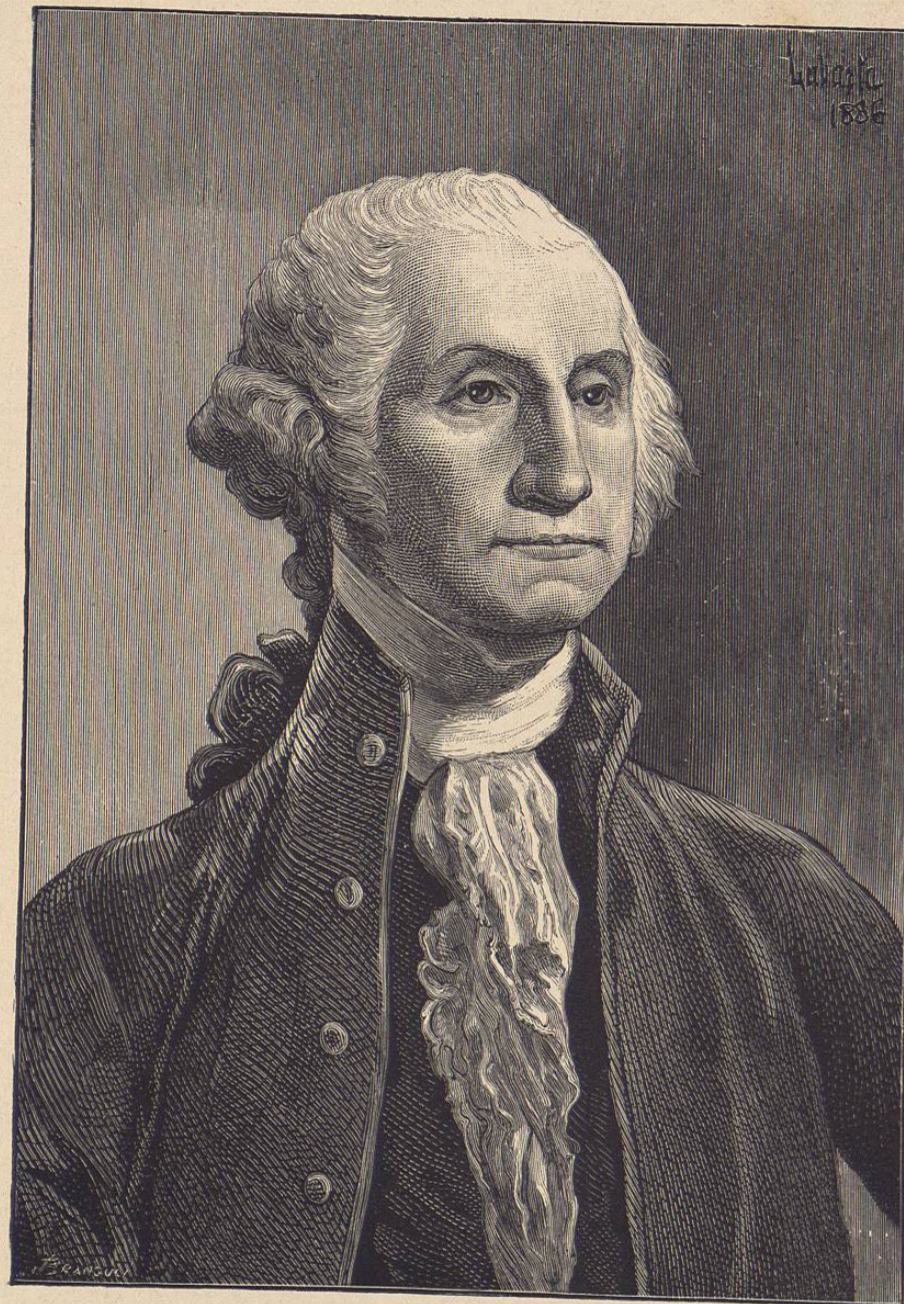
Si se lee cuidadosamente este proyecto, no se comprende cómo la Junta de las colonias y las Asambleas coloniales lo rechazaron por *contener demasiada prerrogativa*; lo que nosotros comprendemos es que Inglaterra lo rechazará por *parecerle excesivamente democrático*. Veamos, pues, si efectivamente Franklin iba á remolque del pueblo americano, en vez de conducir el timón, como creemos nosotros, si es verdad que en 1754, lo que no creía Laboulaye, hubiese gente decidida á organizar la unión americana sobre bases democráticas.

Cuando en 1766 Franklin, citado por la Cámara de los Comunes de Inglaterra, se presenta ante ella para ser interrogado acerca de los asuntos de América ó de los impuestos, pretexto de la ruptura definitiva, Franklin, contestando á la pregunta de cuáles eran los sentimientos de América para con la madre patria, respondió:—«Eran antes los mejores del mundo, puesto que se sometió gustosa al gobierno de la Corona, y prestó obediencia á las órdenes del Parlamento, debiendo advertir que á pesar de los numerosos habitantes que cuentan las diversas provincias, nada os cuesta la conservación de fuertes, ciudadelas, guarniciones ó ejércitos para dominarlas, porque con un poco de papel y tinta tenéis suficiente para confundir á vuestro antojo á esa gente. El pueblo de América no sólo os profesaba respeto, sino también un verdadero afecto, complaciéndose en adoptar vuestras leyes, vuestros usos y costumbres, y hasta vuestras modas, que tanta utilidad han producido al comercio. Los naturales de la Gran Bretaña fueron tratados siempre con especial consideración, y sólo el ser inglés bastaba para inspirar respeto á todos.»—«Ahora se siente de muy distinto modo.»—No desconocía, pues, Franklin, el cambio de sentimientos que se había operado en los americanos, y presentaba claramente la fatal suerte que empujaba á Inglaterra á estallarse precisamente entre los tenaces y severos puritanos; sin la resolución y energía de éstos en no abonar los impuestos, es más que seguro que no se hubiera llevado á cabo, por lo pronto, la

separación de América. Mas Franklin había de hacerse esta reflexión: ¿sostendrán las demás colonias á Massachussets? La prudencia ó la timidez de Franklin, ¿no nacían de esa falta de unión entre las colonias, falta tanto más grave en el preciso momento de ir á empeñar una lucha decisiva con Inglaterra y esto que todo debía decidirlo la fuerza?

¿Qué sucede en el preciso momento en que va á estallar el conflicto, cuando las calles de Boston están llenas de cañones y su puerto en castigo es cerrado al comercio? Que las juntas públicas de las colonias estudian la conveniencia de reunirse para formar un Congreso general. ¡Cuánto no se hubiese adelantado si la Confederación de Albania se hubiese realizado! Tres meses pasaron discutiendo la conveniencia de reunirse, pero al fin acordaron hacerlo fijando la fecha á 1.º de Setiembre de 1774 y señalando para punto de reunión la ciudad de Filadelfia.

¿Qué van á hacer los representantes de las trece colonias á Filadelfia? Dejemos hablar al mismo Washington. «Entre las colonias y la Gran Bretaña debe haber una línea divisoria, y si bien yo no me atreveré á decir en qué forma debe establecerse, reconozco, sin embargo, que es de todo punto preciso consignar cuáles son nuestros derechos. Yo hubiese deseado dejar esta cuestión para que la resolviese nuestra posteridad, pero, llegada la crisis, se hace preciso obrar desde luego, ó someternos á cuantas condiciones se nos impongan aún corriendo el riesgo de vernos reducidos á esclavos.» ¿Qué significa este lenguaje en boca del más ilustre representante de la Virginia, del primer hombre de América? ¿Cómo explica el temor de que se siente sobrecogido Washington cuando puede decirse ha ceñido ya la espada que debe defender la libertad y la independencia de América? No era, pues, únicamente Franklin quien hubiese querido dejar á la posteridad la resolución del gran problema que iba á plantear la convención de Filadelfia, señal evidente que aquellos dos grandes hombres no veían en las colonias la resolución y empuje necesarios para salir adelante en la empresa que iban á acometer. Pero Washington como Franklin se sometía á la fatalidad que les arrastraba á la lucha y una vez empeñada por el fanatismo y vanidad de los ministros ingleses, ¿qué habían de hacer los grandes hombres de la independencia americana? Portarse como á su condición y carácter correspondía. La idea republicana como la de independencia, sin embargo, es indudable que no sólo estaba en el fondo de todo carácter americano, sino que germinaba en la sociedad entera de la América británica, por esto al iniciarse la lucha contra la madre patria, no hay colonia



Jam. In Yr. Most Obedt. Serv.
 Fort Loudoun }
 10th Sep^r 1757 } G. Washington

alguna que se ponga resueltamente de su lado, ni aún las más realistas manifestaron repugnancia alguna, y esto que en varias de ellas, como por ejemplo en Nueva-York, el partido realista era numeroso y activo.

Dividióse al asomar los primeros albores de la resistencia contra Inglaterra el partido realista, pues mientras los que permanecieron fieles á sus ideas monárquicas lo fueron también á los intereses británicos, los que por necesidad ó alto espíritu político, ó por sincera vocación abrazaron las ideas republicanas, fueron los más enérgicos tanto en el mismo momento de empezar la lucha como durante la memorable guerra de la independencia. La Carolina fué la primera colonia que proclamó su independencia, cuando las otras, aún más republicanas y comprometidas, como Massachussets, vacilaban en dar tan grave paso: más fué la Virginia, la que en realidad declaró la guerra á Inglaterra, sosteniendo Henry el deber y la necesidad de las colonias de correr en auxilio de Boston.

Hay en esto una oposición tal que hace difícil penetrar las influencias que obraron sobre los caballeros de Virginia y que fueron bastantes á convertirlos en verdaderas *cabezas redondas*. A nadie sorprende ver á Nueva Inglaterra sostener la idea democrática y la libertad religiosa, consecuencia necesaria del punto de partida del puritanismo, á nadie sorprende que los cuáqueros de Pennsylvania y los libre-pensadores de Rhode-Island sigan un mismo camino; sus teorías igualitarias, les llevaba sin saberlo á las mismas consecuencias que de un principio dedujeron los puritanos; pero la Virginia *la old domination* del Norte América, la colonia por excelencia aristocrática, ¿á qué principio obedecía cuando se arrojaba á una lucha, cuyo fin, si era posible preveer en aquellos días, no había de ser sin un cierto temor pues á nadie podía ocultarse que al caer arruinadas las ideas europeas imperantes en América, un nuevo mundo iba á descubrirse allí donde Colón había hallado antes otro? Ciertamente, si del gran descubrimiento de América sólo hubiese debido reportar la humanidad el oro de California, el café y el cacao de Caracas, el tabaco de Cuba y el algodón de Nueva Orleans, más hubiera valido que América hubiese continuado para nosotros sumergida eternamente en la inmensidad del Océano.

Y no hay duda que en aquellos días las angustias y los temores de los hombres de la independencia americana eran los mismos que sintió el gran Colón al atravesar el Océano; pues así como al gran navegante no le asustaban las borrascas del Océano, no

asustaban ni á Washington, ni á Hamilton, ni á Franklin, la mudable fortuna de las armas, sino el temor de que tras tantos sacrificios hechos, y peligros salvados, no se encontrase la suspirada tierra, la anhelada patria.

Colón al emprender su inmortal empresa sabía, como ha dicho un poeta español, que de ella había de volver *ó loco ó redentor de un MUNDO*.

Washington comprendía igualmente que si después de sacudir la dominación de Inglaterra no se constituía la patria americana, no podía darse para los anglo-americanos mayor vergüenza, y en este sentido escribía el gran patriota á su amigo Harrison de Virginia en 1778 para que se hiciera un supremo esfuerzo para terminar la guerra, y en 1785 hacía lo mismo á Warren de Massachussets y al célebre Jay para que hicieran cuanto estuviera en su mano para salir del estado de confusión y anarquía en que les tenía la Confederación, así decía al primero, «con semejante gobierno caeremos del elevado puesto á donde nos hubiéramos encumbrado en un abismo de confusión y oscuridad;» y al segundo: «que no concebía que pudiesen subsistir mucho tiempo como nación.»

Este estado de incertidumbre es evidente que nacía ante todo de la confusión de ideas que reinaba en toda la América británica. Cuando la lucha haya principiado, cuando se ha negado á Inglaterra todo derecho y roto por consiguiente los lazos con la madre patria, la Confederación consultada por las colonias de la Carolina y el Delaware acerca del gobierno que deben darse, se excusa de contestar, y tímidamente les encarga que en todo caso no se olviden de consultar al pueblo. Durante la guerra nadie se atreve á proclamar la república como forma de gobierno, aunque el inglés Paine, llevado á América por Franklin, defendiese esta solución en varios folletos; tampoco se había atrevido nadie á sostener la conveniencia de continuar bajo el régimen monárquico, y esto que el ejército había ofrecido á Washington la corona que éste renunció, «indignado de que se le hiciera semejante proposición, y avergonzado de haber dado tal vez motivo con su conducta de que se le hiciera semejante injuria.» Washington en 1785, en la carta que hemos citado dirigida á Jay escribía:—«¡Qué asombrosos cambios pueden producirse en pocos años! Se me ha dicho que personas respetables han hablado sin horrorizarse de establecer una forma de gobierno monárquico. Después de pensar, se habla; y de la palabra al hecho no hay más que un paso: pero, ¡qué temible puede ser éste! ¡Qué triunfo alcanzarían nuestros enemigos si se realiza-